

CON LA MUERTE EN LOS TALONES

North by Northwest
Alfred Hitchcock, 1959

EL SUEÑO DE HITCHCOCK

Por aquel tiempo, a los ineptos se les decía: tienes menos porvenir que un espía sordo. No mejores son los de esta historieta, empeñados en complicar lo sencillo sin más objeto que el de propiciar la salida airosa del protagonista, cuya peripecia es tan inverosímil que en manos de cualquier otro director no habría sobrepasado el nivel de un fumanchú de serie. Hitchcock no sólo no cayó en el esperpento, sino que la convirtió en una obra maestra de la narrativa cinematográfica.

Cierto que nada de lo que se cuenta puede suceder, pero en esta ocasión la falta de contacto con la realidad viene obligada por la esencia misma de "Con la muerte en los talones", que no es otra cosa que la puesta en escena de un sueño: el sueño del protagonista. Los escenarios rimbombantes (la sede de la Naciones Unidas, la roca Rushmore); los paisajes sobrecogedores (el acantilado, el campo de maíz, el tobogán de los rostros en piedra); los desenlaces imposibles (la avioneta que no tiene más obstáculo que un camión y va a estrellarse contra él); la princesa de cabellos de oro que debe ser rescatada del lóbrego castillo... Todos son elementos extraídos de un sueño, la fantasía escapista de un hombre de negocios encorsetado por un trabajo aburrido y una madre dominante.

Avala esta hipótesis la insistencia en poner en boca de Eve la palabra "matrimonio": en el tren, en el bosque, en la montaña Rushmore. O la mujer del hospital, en cuya boca se derrite un «¡Deténgase!», que en principio era conminativo. Estas relajaciones fatuas en los momentos de mayor riesgo, dejan claro que el protagonista de la peripecia es consciente de que no corre peligro. Sabe que puede flirtear con las situaciones más extremas porque está en su mano conjurarlas en el último momento, algo que no ocurre en la realidad, pero sí en las fantasías, en los sueños.

Como todos los sueños, éste es autobiográfico. No importa que Hitchcock no escribiera el guion ni que su aspecto físico estuviera en las antípodas del de Cary Grant, porque el objetivo del sueño es precisamente ése: dar la vuelta a la realidad. El protagonista de "Con la muerte en los talones" no tiene los rasgos geométricos de Hitchcock, pero asume sus demonios personales, que son la mujer y el comunismo. Como Hitchcock, Thornhill sufre la supervisión y censura de una madre que no parece tener a su hijo en gran estima; surge entonces la mujer joven, elegante y de imprescindible cabellera dorada, fijación marca de la casa; y, con ella, el éxtasis del beso adolescente que Hitchcock nunca dio, beso largo con el que condena a los protagonistas a un cruel calentón, ya que el tren no entrará en el túnel hasta que estén casados. Ni en sueños puede Hitchcock liberarse de su moral decimonónica.

El segundo gran temor de Hitchcock se hace implícito en la amenaza de espías con nombres centroeuropeos, y explícito en el pesimismo del profesor ante la guerra fría: «Temo que la estamos perdiendo».

SINOPSIS

Roger Thornhill, un prominente publicista de Nueva York, es confundido con un agente del Gobierno por una banda de espías, que desde ese momento trata de eliminarlo. Dotado de un ingenio y una capacidad de improvisación inusuales, Thornhill logra escapar de las situaciones más peligrosas, evitando ser despeñado a bordo de un vehículo, apuñalado en el vestíbulo de la ONU, secuestrado en una subasta o despedazado contra la roca Rushmore. En su peripecia, Thornhill se enamora de Eve, la verdadera agente.

ARGUMENTO

Vestíbulo de un edificio de oficinas. Hora del almuerzo. Los ascensores vomitan un aluvión de empleados y hombres de negocios. Uno de ellos, Roger Thornhill, va dictando cartas a su secretaria. Toman un taxi. Thornhill pide a la secretaria que haga una llamada a su madre. Se baja frente al Plaza, donde se reúne con otros tres hombres. Un chico anuncia una llamada para el señor Kaplan. Thornhill recuerda que su madre no tiene teléfono. Llama al chico, que le indica dónde puede poner un telegrama. Apenas ha dado unos pasos, Thornhill es abordado por dos hombres que, a golpe de pistola, lo sacan del hotel y lo introducen en un coche. [Sin duda, son ellos los que hicieron la llamada para Kaplan.] Thornhill trata de hacerles ver que se trata de un error, sin resultado.

El coche se detiene ante la puerta de una mansión campestre, con el nombre de Townsend en la entrada. Uno de los sicarios encierra a Thornhill en la biblioteca. No tardan en reunirse con él Vandamm y Leonard. Thornhill comprende que lo confunden con un tal Kaplan, del que esperan obtener cierta información. Como Thornhill no tiene nada que decir, Vandamm ordena a sus hombres que lo eliminen. Tras obligarle a ingerir una botella de whisky, lo llevan hasta un acantilado, lo suben a un coche y tratan de despeñarlo. Thornhill, hombre acostumbrado al alcohol, reacciona a tiempo y, tras un trayecto febril, frena en seco para no atropellar a un ciclista. Una patrulla policial que iba en su persecución se estrella contra él. Un tercer coche hace lo propio con el de la policía, dejando emparedados a los agentes.

Los hombres de Vandamm dan media vuelta. Thornhill es llevado a la comisaría. Aún embriagado, llama a su madre. Luego, mientras el médico trata de hacerle un reconocimiento, se sube a una mesa y se queda dormido.

A la mañana siguiente, el juez escucha la versión de Thornhill, al que ayuda poco la incredulidad de su propia madre. No obstante, unos agentes llevan al detenido y a su madre a la mansión Townsend. Para sorpresa de Thornhill, el sofá no tiene manchas de alcohol, el mueble bar es ahora una librería y la señora Townsend se abraza a él, recriminándole por el estado en que abandonó la fiesta la noche anterior. Lamenta que el señor Townsend no pueda atenderles porque está en la ONU como miembro de la Asamblea General.

Thornhill queda en libertad bajo fianza. Acompañado de su madre va al hotel Plaza, dispuesto a hablar con el tal Kaplan. Valiéndose de su madre, cuya ayuda le cuesta cincuenta dólares, se introduce en la habitación de Kaplan. En su interior encuentra una foto en la que aparece Vandamm. Thornhill comprueba que ni la camarera ni el mozo del servicio de lavandería han visto nunca a Kaplan. Suena el teléfono. Thornhill lo coge. Es Vandamm, que llama desde el vestíbulo para

cerciorarse de que está en la habitación. Thornhill y su madre corren hacia el ascensor, pero no pueden evitar que los sicarios entren detrás de ellos. Thornhill hace una seña a su madre. La mujer los mira y pregunta: «Ustedes, señores, no intentarán en serio matar a mi hijo, ¿verdad?». Los asesinos, cogidos por sorpresa, sueltan una risita nerviosa, que acaba contagiándose a todos los ocupantes del ascensor. Al llegar al vestíbulo, Thornhill retiene a los sicarios, alegando que las mujeres deben salir primero, y logra escapar de nuevo.

Edificio de las Naciones Unidas. Thornhill pide ver a Lester Townsend, comprobando que no es el hombre que lo mandó secuestrar. Thornhill enseña a Townsend la foto en que aparece el impostor, pero antes de que el diplomático pueda decir nada, muere con la espalda atravesada por un puñal arrojado por uno de los sicarios. [Como suele ocurrir en las historias del género, los malvados suelen ser tan torpes en sus ataques al protagonista, como hábiles cuando se trata de matar a cualquier otro; en este caso, ni siquiera se trataba de una muerte necesaria, porque Townsend lo ignoraba todo.] Thornhill empuña el arma homicida y la sostiene en su mano mientras Townsend se desploma, de modo que todos los asistentes reciben la impresión de que Thornhill ha sido el asesino.

Despacho de la CIA. The Evening Star publica en primera página la foto de Thornhill, empuñando el arma homicida. «¿Y qué hacemos ahora? –Nada. Deberíamos felicitarnos por este golpe de buena suerte. Nuestro inexistente señuelo, George Kaplan, se ha convertido en un señuelo vivo. –Sí, Profesor. ¿Y cuánto tiempo seguirá siendo un señuelo vivo? –Eso es cuestión de él. –¿No estamos resultando un poco crueles? –No, señora. Si declarásemos la verdad, pondríamos en peligro a nuestro verdadero agente. –¡Adiós, señor Thornhill, donde quiera que se encuentre!». [En esta secuencia, Hitchcock da una imagen sensible y preocupada de la cúpula de la CIA, considerando la muerte de Townsend, y la más que posible de Thornhill, sucesos plausibles en cuanto redundan en el bien general de la nación.]

Estación Central de Nueva York. Thornhill habla por teléfono con su madre. Luego, se dirige al despacho de billetes con intención de comprar uno para el expreso Siglo XX, con dirección a Chicago. El empleado lo reconoce y avisa a la policía. Thornhill logra subir al tren. En el pasillo, una desconocida lo ayuda a despistar a sus perseguidores. Más tarde, en el vagón comedor, es sentado frente a la desconocida, que confiesa haber dado cinco dólares al maitre para que lo llevara a su mesa. La mujer se presenta como Eve Kendall y no oculta haber reconocido a Thornhill. Tras tirarse los tejos mutuamente, ella le invita a compartir su compartimento. La policía registra el tren, pero Eve esconde a Thornhill en la litera superior, negando conocer al hombre que la acompañaba en el comedor. Por fin a solas, Eve y Thornhill se dan un larguísimo y enroscado beso. Eve lamenta que no puedan dormir juntos: «Las literas son un poco estrechas; ojalá las hicieran de matrimonio. ¡Me encantaría pasar la noche contigo! –La pasaremos. –Pero tú en la litera de arriba y yo en la de abajo. –¿Y si tengo vértigo? –Entonces, baja». Llaman a la puerta. Es el mozo que viene a preparar la cama. Eve le entrega una nota que el mozo lleva a otro compartimento, ocupado por Vandamm: «¿Qué hago con él mañana?».

El tren llega a Chicago. Thornhill, vestido con las ropas de un mozo, acompaña a Eve, llevando su equipaje. El plan es que mientras él va a cambiarse en un lavabo, ella debe llamar a Kaplan para concertar una cita. La policía encuentra al mozo en ropa interior. Mientras los policías buscan frenéticamente un mozo con la

cara de Thornhill, el mozo ligero de ropa cuenta el dinero que ha recibido. Eve dice a Thornhill que Kaplan le espera en un cruce de carreteras, a hora y media de Chicago. En la despedida, Eve apenas puede contener las lágrimas.

Gran llanura. Un autobús se detiene. Thornhill baja. A lo lejos, una avioneta suelta un chorro de insecticida. Algunos vehículos pasan frente a Thornhill. Un coche se detiene en el cruce. Baja un hombre. El recién llegado y Thornhill quedan uno a cada lado de la carretera. [Espléndida utilización del cinemascope, manteniendo a los dos hombres en los extremos opuestos de la imagen, monolitos vivientes en un paisaje desolado.] Thornhill cruza y hace un comentario sobre el tiempo. El otro dice esperar el autobús. Observa el horizonte: «Es extraño. Aquel avión está fumigando cosechas donde no las hay». Llega el autobús. Thornhill queda solo. La avioneta se dirige hacia él, en vuelo rasante. Thornhill hace gestos a un coche, que pasa de largo. Corre hacia un maizal, pero tiene que abandonarlo cuando el piloto lo fumiga. Corre de nuevo hacia la carretera y se planta delante de un camión cisterna, que llega a embestirle antes de frenar. Thornhill queda bajo el vehículo. La avioneta se estrella contra el depósito, haciendo estallar el combustible. [Esta es una de las escenas más incomprensibles dentro de la larga serie de disparates que envuelven a Thornhill]. Dos coches se detienen. Sus ocupantes bajan para ver de cerca el siniestro, momento que Thornhill aprovecha para robar la camioneta de uno de ellos.

Thornhill llega al hotel donde se hospeda Kaplan, pero éste ya se ha marchado. Su nuevo destino es el hotel Sheraton, en Rapid City, localidad de Dakota del Sur. A Thornhill le desconcierta saber que Kaplan ya no estaba en el hotel a la hora en que Eve dijo haber hablado con él. Mientras trata de poner en orden sus ideas, ve a la chica atravesar el hall. La sigue hasta su habitación. El rostro de ella refleja sorpresa y alegría. Se abraza a él, que se mantiene envarado. Suena el teléfono. Eve apunta una dirección. Thornhill llama al servicio de lavandería para que limpien su traje. Luego, finge tomar una ducha, momento que Eve aprovecha para salir. Thornhill averigua la dirección anotada por Eve. Se trata de una subasta de arte, donde la chica se ha reunido con Vandamm y Leonard. Thornhill se acerca a ellos. Mordido por los celos, mantiene una breve conversación con Vandamm, tratando de zaherir a la chica, que está a punto de darle una bofetada. La reacción preocupa a Vandamm. En la sala también está el Profesor de la CIA. Thornhill se despide, pero al tratar de salir comprueba que todas las salidas están tomadas por los sicarios de Vandamm. Entonces, empieza a hacer pujas absurdas e incluso golpea a un empleado, provocando la entrada de la policía y su consiguiente detención: «¿Por qué han tardado tanto?». Nada más entrar al coche policial, Thornhill se identifica como el asesino de la ONU. Al reportar su captura, el policía recibe órdenes de llevarlo al aeropuerto. Allí lo entregan al Profesor, que le pide que siga encarnando a George Kaplan. Thornhill se niega, hasta que el Profesor le aclara que Eve Kendall es en realidad un agente del Gobierno, cuya vida ahora está en peligro.

Monte Rushmore, en Rapid City. Haciéndose pasar por Kaplan, Thornhill cita a Vandamm en la cafetería. En su papel de galán burlado, le ofrece no interferir en sus asuntos a cambio de que le entregue a la chica «para darle su merecido». Siguiendo el plan, Thornhill agarra a Eve del brazo y ella saca del bolso una pistola, con la que le dispara a bocajarro. El Profesor se abre paso entre la gente para inclinarse sobre el herido, confirmando la gravedad de su estado.

El Profesor lleva a Thornhill a un bosque, donde el falso herido se encuentra con Eve. [Los dos permanecen uno en cada extremo de la imagen, en un plano similar al de la carretera, aunque aquí el espacio está lleno de árboles]. Los dos se disculpan. En el diálogo se aclara al espectador que las balas eran de fogeo. Ella explica cómo conoció a Vandamm y se enamoró de él. Entonces, apareció el Profesor y le explicó quién era Vandamm en realidad, reclutándola como espía. Aceptó porque era la primera vez que alguien la requería para hacer algo importante. Thornhill: «¿Tan mal te ha ido en la vida? –Ahá. –¿Y la causa? –Los hombres como tú. –¿Qué tienen de malo los hombres como yo? –No les convence el matrimonio. –Yo me he casado dos veces. –Juzga tú mismo». Se besan. Se despiden. Ella tiene que reunirse con Vandamm para emprender viaje esa misma noche. Thornhill se exaspera al ver que ha sido nuevamente engañado por el Profesor: «Si ustedes no pueden acabar con Vandamm y compañía sin pedirle a una mujer que les resuelva la papeleta comprometiendo su dignidad y su vida, más vale que vayan aprendiendo a perder la guerra fría. –Temo que ya lo estamos haciendo». [Las palabras del profesor insisten en la obsesión de Hitchcock por echar leña a la guerra fría, tratando de inquietar al espectador con la idea de que los rusos ganan terreno a los norteamericanos debido a la blandura de los métodos empleados por la CIA y a la pasividad del ciudadano inconsciente y cómodo.]

Hospital. El Profesor tiene a Thornhill encerrado en una habitación. Cuando le comunica que Vandamm y Eve saldrán en una hora, Thornhill aparenta indiferencia y dice que ya ha empezado a olvidarla. Hasta pide un whisky para celebrarlo. Mientras el Profesor va a buscarlo, Thornhill escapa por la ventana. Un taxi le lleva cerca de la casa de Vandamm [desprovista de vigilancia]. Thornhill se asoma al salón, donde Leonard trata de hacer comprender a su jefe la verdad sobre Eve, disparando contra él con la pistola de la chica. Al no recibir ningún impacto, Vandamm comprende que Eve le ha traicionado y decide arrojarla sobre el mar durante el vuelo.

Thornhill sube a la habitación de Eve, pero ella ha bajado ya al salón. Entonces escribe un mensaje en una caja de cerillas y la arroja. No es Eve, sino Leonard quien descubre la caja, pero la pone sobre la mesa sin recelar nada. Nada más verla, Eve sabe la procedencia. Lee el mensaje. Inventa una excusa y sube. Thornhill le advierte de que ha sido descubierta, pero la chica tiene que bajar. Afuera, llega el avión. Vandamm coge una estatuilla tártara que adquirió en la subasta, y que contiene el microfilm. Salen. Thornhill baja al salón, siendo descubierto por la mujer del chófer, que lo encañona con una pistola. Vandamm y Eve van a subir al avión cuando escuchan dos disparos procedentes de la casa. Eve arrebató la estatuilla a Vandamm y corre hacia el coche en el que se acerca Thornhill. Sube. Escapan. Él explica que tardó en darse cuenta de que le apuntaban con la pistola de fogeo. Una puerta les cierra el paso. Dejan el coche y atraviesan el bosque, llegando a la cima del monumento a los cuatro presidentes. Empiezan el descenso. Eve: «¿Qué pasó con los dos primeros matrimonios? –Mis esposas se separaron de mí. Se quejaban de que mi vida era monótona». [¿Pero es que esta mujer no sabe hablar de otra cosa que no sea el matrimonio?] Los fugitivos son alcanzados. Thornhill logra arrojar al vacío al chófer, mientras Leonard hace lo propio con Eve. Thornhill la sujeta con una mano. Desde el borde del precipicio, pide ayuda a Leonard, que se acerca para pisarle la otra mano. Suena un disparo. El pie de Leonard deja de presionar. El Profesor ha llegado a tiempo, acompañado por la policía. Thornhill tira de la mano de Eve, pero la pareja ya no está en la montaña Rushmore, sino encaramada en la litera de un tren en dirección a Nueva York. Se besan. El tren entra en un túnel.

ANÉCDOTAS

- Jessie Royce Landis y Cary Grant, madre e hijo en la ficción, nacieron el mismo año, 1904.
- La escena final está rodada sobre una reproducción del Monte Rushmore, monumento nacional situado en Dakota del Sur, que tiene excavadas las efigies de cuatro presidentes de los EEUU: Washington, Jefferson, Roosevelt y Lincoln.
- En la cafetería del Monte Rushmore, antes de que Eve dispare contra Roger, un niño se tapa los oídos para no escuchar la detonación.
- La convicción de Hitchcock sobre la inviabilidad del matrimonio se deja sentir nada más comenzar el film, en el fugaz diálogo entre Thornhill y un mozo: «-Salude a su señora. -¡No nos hablamos!». Más adelante, en la conversación entre Roger y Eve, se vierten nuevas conclusiones en el mismo sentido.